

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESUCRISTO



1. Las palabras y gestos de la historia más extraña del mundo
2. El peso de los milagros en el Nuevo Testamento
3. Más que la Ley, el Sábado y el Templo
4. Hijo del Padre, Dios y Mesías
5. Ante la tríada de Lewis <<Lord, lunatic, liar>>
6. Quien reclama para sí la fe a Dios debida: la fe como condición salvífica
7. Conclusión: ante las palabras y los gestos

A mosaic depicting the face of Jesus Christ. The face is rendered in a stylized, geometric manner with large, flat areas of color. The eyes are dark and almond-shaped, the nose is straight, and the beard is thick and curly, composed of many small, dark mosaic tiles. The hair is also depicted with dark, textured mosaic tiles. A large, circular halo surrounds the head, composed of alternating segments of red and gold mosaic tiles. The background is a complex mosaic of dark grey, black, and gold tiles, with some blue and red lines defining the edges of the face and halo. In the upper left corner, there is a small, solid orange square.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS
DE NAZARET

“Como todos le aseguraron que había rebasado la magnificencia de los reyes y príncipes, comenzó, a partir de aquel momento, a arrogarse la majestad de los dioses; y, en consecuencia, encargó que transportaran de Grecia las estatuas de los dioses que inspiraban mayor devoción y tenían un mayor valor artístico, entre ellas la de Júpiter Olímpico, para quitarles las cabezas y sustituirlas por la suya; prolongó un ala de palacio hasta el foro y después que hubo transformado el templo de Cástor y Pólux en el vestíbulo de su palacio, se colocaba con frecuencia entre los dos dioses, sus hermanos, y se ofrecía en medio de ellos a la adoración de los fieles que concurrían al templo [...] durante las noches de luna llena, cuando ésta brillaba en todo su esplendor, la invitaba insistentemente a que se dejara estrechar entre sus brazos y compartiera su lecho; de día, en cambio, sostenía conversaciones secretas con Júpiter Capitolino, ya en voz baja y acercando su oído, ya en voz alta e incluso injuriándole. Un día, en efecto, se oyó decirle en tono amenazador: *O acabas tú conmigo o yo acabaré contigo*”.

Calígula. Competía con Júpiter, mandó a cortar las cabezas de las estatuas de los dioses para poner en su lugar la suya. Nombró cónsul a su caballo, pues se creía el criterio de lo real, lo racional y lo moral. Alguno diría, ¡estaba loco! Y en efecto, todo apunta a que lo estaba: mostraba síntomas de trastorno bipolar, pasaba de la depresión melancólica a la exaltación violenta, además de una egolatría extrema y una progresiva desconexión con la realidad exterior. Y otra cosa: aquellos que le seguían la corriente, lo hacían por temor a la represalia, y el soldado que acabó con su vida hizo caso omiso a las pretensiones de inmortalidad del emperador...

Pero más allá del caso de Calígula, o de personas con “complejo de divinidad”, en la historia muchos hombres han sido llamados dioses o hijos de los dioses:

- Representantes del poder político (Reyes en Mesopotamia, Faraones, Emperadores romanos, Mikado, Incas...)
- Héroes divinizados (Hércules, Rómulo)
- Sabios y maestros de la Antigüedad (Buda, Confucio, Dionisos, Apolonio de Tiana)

Visto lo cual:

¿De verdad es el caso de Jesús un caso extraño en la historia?

La respuesta, sorpresivamente, es sí. Los hombres divinizados no se ponen a sí mismos a la altura del Dios trascendente. A lo sumo se presentan como sus representantes en la tierra —en el caso de los poderosos— o reflejan en sus virtudes cualidades divinas o destellos (virtudes excelsas); pero todos saben mantenerse a una distancia prudente con el Dios trascendente (aquél que está más allá del Olimpo, más allá del mundo).

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

¿Que vino quién?: un acontecimiento discutido

Suetonio

Como todos le aseguraron que había rebasado la magnificencia de los reyes y príncipes, comenzó, a partir de aquel momento, a arrogarse la majestad de los dioses; y, en consecuencia, encargó que transportaran de Grecia las estatuas de los dioses que inspiraban mayor devoción y tenían un mayor valor artístico, entre ellas la de Júpiter Olímpico, para quitarles las cabezas y sustituirlas por la suya; prolongó un ala de palacio hasta el foro y después que hubo transformado el templo de Cástor y Pólux en el vestíbulo de su palacio, se colocaba con frecuencia entre los dos dioses, sus hermanos, y se ofrecía en medio de ellos a la adoración de los fieles que concurrían al templo

Vida de los doce Césares

- ▶ Locos con "complejo de divinidad"
- ▶ Representantes del poder político
- ▶ Héroes divinizados
- ▶ Sabios y maestros de la Antigüedad

¿Jesús de Nazaret?

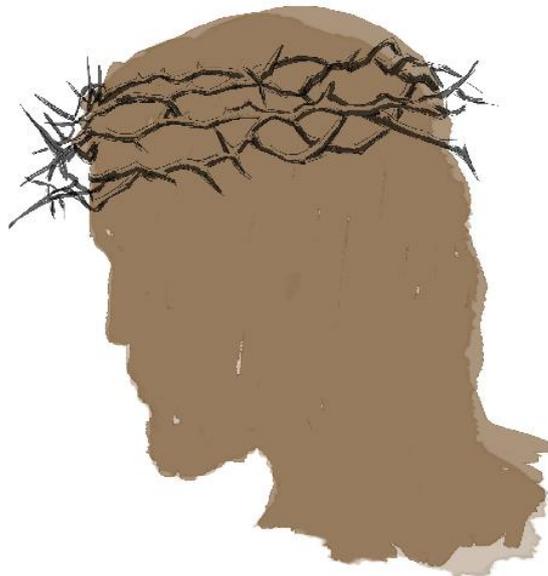
Jesús de Nazaret en cambio se presenta con una audacia que no tiene parangón en la historia. Él es el Dios único. Lo *absolutamente otro*, el *Logos* de la realidad, el Señor. El contexto donde esta pretensión se da resalta todavía más el contraste entre Jesús y los hombres divinos de las religiones. El judaísmo es una religión de férreo monoteísmo –que rechaza el politeísmo, la mitología, las imágenes –, que ha llegado a expresar la idea de *santidad* mejor que ningún pueblo. La Santidad del nombre del Señor pone una distancia infinita entre el hombre y Dios. Y he aquí que Jesús de Nazaret se identifica con el Santo de Israel.

Jesús no estaba loco, pero sólo los locos soñaron algo parecido. Salvo ellos, nunca nadie en su sano juicio pretendió tanto, ni por una cercanía auténtica a la divinidad, ni por un afán de fraude. Nunca nadie se atrevió a presentarse a sí mismo como Dios, no sólo por sensatez o modestia, sino también por mero realismo, por una cuestión de simple credibilidad: ¿quién podría admitir, en cualquier contexto histórico y cultural, en cualquier época, en cualquier pueblo, en cualquier religión (incluidos los panteísmos), que un hombre nacido de mujer era idéntico e igual al sustrato más estable y sublime del ser, a la inteligencia que mueve el tiempo y el cosmos?

Veamos pues, el caso más singular de la historia.

LA INAUDITA PRETENSÓN DE JESÚS DE NAZARET

¿Que vino quién?: un acontecimiento discutido



La revelación de su divinidad fue progresiva, y respetó el lenguaje de su tiempo y sociedad.

Una de las primeras categorías religiosas que conviene destacar es la idea de *Mesías*, categoría esta que Jesús asume al tiempo que le da una extensión distinta a la que le daban muchos de sus contemporáneos. El Mesías que muchos judíos del siglo I esperaban era un liberador político, aquél que vendría a restaurar la autonomía de Israel, liberarlo de cualquier yugo extranjero (por entonces, los romanos). Hubieron diversos personajes que reclamaron el título de mesías en este sentido, antes y después de Jesús. Sin embargo, Jesús se comprendió a sí mismo como Mesías, pero trocando el significado: su mesianismo era de otra clase.

Para entender este mesianismo y su conexión con la pretensión divina, consideraremos algunos de los gestos y palabras que sustentan nuestra afirmación:

- Los gestos de Jesús:
 - Los milagros
 - Por encima,
 - de la Ley
 - del Sábado
 - del Templo
- Sus palabras: Hijo del Padre, Dios, Mesías



¿Qué clase de mesías?



MILAGROS
LEY, SÁBADO, TEMPLO
PALABRAS DE JESÚS

Hablar de milagros en nuestra época puede resultar anacrónico; el siglo XIX y XX se caracterizaron por una fuerte tendencia positivista –ya hemos hablado de ello en la 4ª conferencia, al referirnos a *la búsqueda del Jesús histórico*–; esta tendencia definió en gran parte la lectura académica de los Evangelios: toda referencia a milagros, debía suprimirse –la mentalidad racionalista no admite lo extraordinario o sobrenatural –o como mucho, interpretarse simbólicamente. La crítica liberal buscó dar cuenta de los milagros en los evangelios, y para ello elaboró una serie de hipótesis:

- Paralelismo con fuentes helenísticas: los evangelistas habrían calcado los milagros de obras que tratan de la vida de los sabios-taumaturgos de la Antigüedad (*Pitágoras, Apolonio de Tiana, por ejemplo*).
- Paralelismo con fuentes veterotestamentarias (*habrían copiado el modelo del A. T. para resaltar la figura de Jesús*)
- Interpretación puramente simbólica. Los milagros deben ser interpretados al modo gnóstico, es decir, como relato que contiene una verdad oculta.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

El peso de los milagros en el Nuevo Testamento

Hipótesis de tendencias racionalistas

- ▶ Paralelismo con relatos helenísticos
- ▶ Paralelismo con el Antiguo Testamento
- ▶ Interpretación puramente simbólica



Ninguna de estas hipótesis está justificada. Al leer los pasajes en los que aparecen los milagros, nos damos cuenta de su sentido y de la intencionalidad de los evangelistas:

- El fin de los milagros, para empezar, es para bien de los demás, anuncia la venida del Reino y busca dar Gloria a Dios (frente a la de taumaturgos en la tradición helénica, en donde el milagro da gloria a aquél que lo realiza)
- Se dan en un contexto cotidiano, en ámbito mayormente rural (frente a la majestad de los relatos de milagros del A. T.)
- El estilo en que están escritos: la parquedad o sobriedad de los relatos y su continuidad con el resto de la historia contrasta con la amplificación legendaria de los evangelios apócrifos (vistos en la 5ª conferencia)
- La autoridad revelada en la acción milagrosa de Jesús frente a los milagros del A. T., en la que el profeta “suplica” a Dios

Está claro que la intención de los evangelistas es relatar los milagros como sucesos reales¹, acontecidos. Ahora bien, a nosotros no nos interesa tanto hablar de los milagros en sí mismos, sino en tanto que *signos* de la pretensión de Jesús, es decir, en tanto manifiestan o revelan lo que Jesús es o pretendía ser.



Hipótesis de tendencias racionalistas

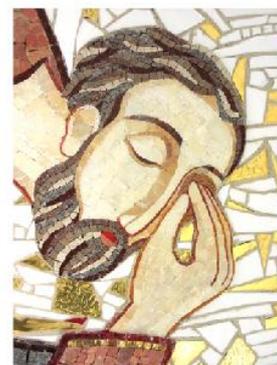
- ▶ Paralelismo con relatos helenísticos
- ▶ Paralelismo con el Antiguo Testamento
- ▶ Interpretación puramente simbólica

Evangelios

- Finalidad de los milagros
- Contexto de los milagros
- Estilo del relato
- La autoridad que reviste Jesús

La reacción de sus oponentes

- Éste expulsa los demonios con el poder de Belzebú, príncipe de los demonios"
- Sanhedrín 43ª: "practicó la brujería"



¹ Para más detalle, *El Sentido busca al hombre*, pág. 187.

Los milagros de Jesús son signo de su pretensión porque indican que Él puede superar las limitaciones radicales del hombre —el mal, el dolor y la muerte— y así mostrarle y dar sentido a su vida. Sus milagros no se quedan ni en el beneficio concreto personal de quien los recibe, ni en el plano meramente material, sino que siempre tienen una dimensión comunitaria-universal y otra mesiánica-espiritual. Resulta interesante ver el modo que tiene de superar esas limitaciones radicales: no lo hace «paliando los efectos» sino erradicando las causas, y no lo hace tanto «luchando contra las limitaciones» como «construyendo la plenitud», es decir, por sobreabundancia de bien, verdad y belleza.

Veamos, a través de algunos ejemplos, cómo los milagros que Jesús realiza señalan, como gestos claros, su pretensión divina:

El primero de ellos es la curación de un parálítico en la casa de Pedro en Cafarnaúm y muestra con claridad cómo Jesús intenta acabar con el mal. Está testimoniado por los tres sinópticos. Tomaremos la versión más antigua, que es la de Marcos (y que es también la más directa y sobria):

Quando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaúm, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un parálítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde Él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el parálítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al parálítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo uno, Dios?». Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decirle al parálítico “Tus pecados te son perdonados” o decirle “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dice al parálítico—: Te digo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa». Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual». (Mc 2, 1-12)

El contexto de religiosidad judía en que Jesús pronuncia estas palabras es lo que nos da la clave para interpretarlas correctamente:

- **Mal y pecado.** En la mayoría de las tradiciones religiosas, hay una convicción y es esta: el pecado —la culpa— y el mal están de algún modo conectados. Y el hombre es impotente ante el mal y ante la propia culpa, y lo máximo a lo que puede aspirar es a suplicar el perdón a Aquél que puede vencer el Mal, Dios. Este vínculo entre mal y pecado, puede derivar en la creencia de que la enfermedad, la tara física, provenga del pecado propio o el pecado de “los padres”.
- **Perdón.** Sólo Dios perdona los pecados, sólo Dios puede superar el mal.
- **“Blasfema”.** Alguien que se arrogue la capacidad de “perdonar” los pecados de los hombres, se arroga, según esta lógica, la condición de Dios. La reacción de los escribas está justificada si Jesús no es Dios.
- **“Nunca hemos visto cosa igual”.** La sorpresa no es tanto por *el milagro en sí*, es decir por lo extraordinario de la curación —que no deja de provocar asombro— sino por lo que ésta implica para sus oyentes: he aquí un Hombre que tiene el poder de Dios: la curación del parálítico es la constatación de que sus “pecados” (raíz de su enfermedad) han sido perdonados, de que la raíz ha sido extirpada.

LA INAUDITA PRETENSÓN DE JESÚS DE NAZARET

El peso de los milagros en el Nuevo Testamento

Mc 2, 1-12

Quando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaúm, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un parálítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde Él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el parálítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al parálítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo uno, Dios?». Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decirle al parálítico “Tus pecados te son perdonados” o decirle “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —dice al parálítico—: Te digo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa». Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual». (Mc 2, 1-12)

Mal y pecado

Perdón

“Blasfema”

“Nunca hemos visto una cosa igual”

Con este ejemplo podemos ver ya lo que el milagro apunta: **Jesús pretende presentarse como aquél que es capaz de vencer el mal, el dolor y la muerte**. Es interesante destacar que, refiriéndonos al dolor, los milagros de Jesús no se reducen a sanar *dolencias físicas*. Hay otro tipo de dolores, que aúnan el sentimiento de soledad, la culpa, la angustia y el miedo...

- En el milagro de la tempestad calmada (los discípulos acuden a Jesús aterrados por la posibilidad de que la tormenta hunda la barca. El milagro nos muestra a Jesús mandando a “callar” al viento y obteniendo como respuesta la “calma”), milagro “espectacular” por donde los haya, en realidad lo que está en juego no son los *super-poderes* de Jesús, sino otra cosa. **Está en juego la angustia producida por la incertidumbre humana ante las amenazas externas, la constatación de la radical impotencia del hombre**. Para entender este milagro, hay que situarnos en su contexto: en la Antigüedad la naturaleza tenía primacía sobre el hombre, y en el judaísmo sabemos que, ya desde el Génesis, el pecado ha desequilibrado el orden de la creación, y la naturaleza es hostil al hombre. El mar es la región incontrolada, cuya entraña se desconoce y es misteriosa; el aire, por otro lado, está habitado por espíritus (benéficos en las regiones superiores, maléficos en las regiones más cercanas a la tierra). La palabra de Jesús sobre los elementos amenazantes es signo de su pretensión: no sólo porque se presenta como alguien mayor que los elementos, sino también como alguien que puede restablecer la armonía original de la creación, devolver al hombre a su lugar primigenio y, en consecuencia, destruir para siempre las fuentes de su angustia, su terror y su sufrimiento.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

El peso de los milagros en el Nuevo Testamento

VENCER EL MAL, EL DOLOR Y LA MUERTE



¿Qué está en juego?



▶ ANGUSTIA E INCERTIDUMBRE

▶ RADICAL IMPOTENCIA

- Un milagro menos espectacular (a muchos ni siquiera les parecerá un milagro) podría ser el encuentro con la mujer adúltera. Los escribas y fariseos la llevan ante Jesús para provocar un juicio suyo en base a la ley de Moisés: ya la primera respuesta de Jesús a los que acusaban a la mujer —«El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra» (Jn, 8, 7)— nos manifiesta su consideración realista de la condición humana, comenzando por la de sus interlocutores, que, de hecho, van marchándose uno tras otro. Démonos cuenta, además, de la profunda humanidad de Jesús al tratar a aquella desdichada, cuyos errores ciertamente desaprueba— pues de hecho le ordena: «Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8, 11)—, pero que no la aplasta bajo el peso de una condena inapelable. En las palabras de Jesús podemos ver la reafirmación de su poder de perdonar los pecados, cuando después de haber preguntado a la mujer: «¿Ninguno te ha condenado?» y haber obtenido la respuesta: «Ninguno, Señor», declara: «**Tampoco yo te condeno; anda, y en adelante no peques más**» (Jn 8, 10-11). Ante ese «Tampoco yo» no podemos quedarnos indiferentes. **¿Cuál es el milagro?** El sentimiento de culpa hace que nos sintamos muy solos: la conciencia de haber cedido al egoísmo, de habernos traicionado a nosotros mismos, al ser amado, o a la razón de ser de nuestra vida, esa conciencia lleva a la soledad, y esa soledad lleva a la frustración, a la amargura, al desierto total. Superar ese desierto mediante el *perdón* que concede Jesús... escapar de la soledad a la que nos conducen nuestros actos, ¿no tiene esto algo de milagroso?

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

El peso de los milagros en el Nuevo Testamento

VENCER EL MAL, EL DOLOR Y LA MUERTE



Jn 8,7

El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra

Jn 8,11

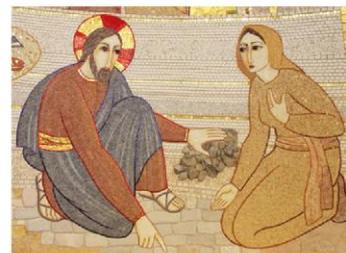
Anda y en adelante no peques más

Jn 8,10

Tampoco yo te condeno



¿Cuál es el milagro?



- Y por último, sus gestos nos demuestran que también pretende vencer a la muerte. Las resurrecciones de Lázaro, de la hija de Jairo o el hijo de la viuda de Naín son preludios de su propia resurrección (la analizaremos en la siguiente conferencia). Según el Génesis, la muerte es la última consecuencia del mal que introduce el pecado en el mundo. Jesús pretende superar también esta palabra última de la muerte sobre la vida. Volveremos sobre este “gesto”, signo de la pretensión de Jesús cuando hablemos de su resurrección.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

El peso de los milagros en el Nuevo Testamento

VENCER EL MAL, EL DOLOR Y LA MUERTE

Lázaro, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín...

“

Gn 3,19

Hasta que vuelvas a la Tierra, porque de ella fuiste sacado; porque eres polvo y al polvo volverás. Gn 3,19



Los milagros de Jesús se enmarcan en su vida pública, en los años en los predica por Galilea y Jerusalén. Son años en los que Jesús hace, pero también enseña con una autoridad que no deja a nadie indiferente, y habla de sí mismo como ningún profeta o líder religioso ha hablado jamás. Veamos ahora *qué dice y cómo lo dice*.

La conciencia que Jesús tenía de sí mismo *se manifiesta* en relación con las tres instituciones más santas de Israel: la Ley, el Sábado y el Templo. La santidad de esas tres instituciones se derivaba de su relación directa con Dios: Dios era el autor de la Ley y se la entregó a Israel por medio de Moisés en el Sinaí; Dios ordenó el descanso del Sábado y descansó Él mismo al terminar la creación; Dios llenaba con su presencia (Shekinah) el Templo de Jerusalén, de modo que ése era el lugar más santo de la tierra.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET



La Ley uno de los pilares del Judaísmo. La Ley (en hebreo *Torah*, que significa también *enseñanza*) se remonta al acontecimiento que marca y da las pautas de comportamiento y piedad al pueblo de Israel; Moisés sube al Sinaí y recibe allí la instrucción y enseñanza del mismo Dios. La *Torah* tiene pues, su origen en Dios, que la entrega a Moisés y éste al Pueblo. Con los años, se va imponiendo la idea de que Dios enseña a los profetas y éstos a los sabios, quienes a su vez la habrían transmitido a los rabinos, quienes en tiempos ya de Jesús se dedican a comentar y discutir el sentido de los textos.



Por encima de la Ley



La Torah o enseñanza de Jesús está condensada en las bienaventuranzas; antes del Sermón, Jesús realiza un gesto que llama la atención: “Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba” (Mt.5, 1). Con esta sencilla expresión se está evocando otro monte y otra enseñanza: el Sinaí y la Torah. Mateo presenta la enseñanza (Torah) de Jesús en paralelo a la de Dios en el Sinaí, lo cual es ya en sí mismo una provocación para el lector judío, y desde luego lo fue para los judíos que escucharon las palabras de Jesús y vieron sus gestos.

No nos detendremos ahora en analizar el contenido de la enseñanza de Jesús (cualquiera que lo desee podrá hacerlo por su cuenta); sí señalaremos dos cuestiones fundamentales referidas al tema de la pretensión:

La primera es esta fórmula que acompaña su enseñanza: “**Habéis oído que se dijo ..., pero YO os digo ...**” ¿Qué significa este contraste explícito que traza Jesús? Hemos visto que la Ley va de Dios a Moisés y los profetas, y de estos a los sabios, en una cadena que llegaba a los escribas y rabinos de la época de Jesús... Pero la enseñanza misma no provenía jamás de los intermediarios sino de Dios mismo, su fuente originaria. Los maestros sólo transmitían e intentaban comprender la Torah, salvando siempre las distancias, en una actitud reverente hacia la Santidad –por su origen –de la Ley. Jesús hace algo más: comunica esa misma Torah dándole, podríamos decir, la interpretación correcta, aquella que sólo puede pretender darle el autor originario.

La segunda se refiere a la *justicia* o *santidad* que implica el cumplimiento de la Ley. Jesús transmite un mandato imposible: si no practicáis una justicia mayor a la que practican los fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos (Mc. 5, 20) Para el auditorio que oye a Jesús, los fariseos destacaban por el cumplimiento estricto de la letra de Ley: ponían en acto las normas señaladas a partir del Decálogo y la que de ellas se desprendían, según había ido comprendiendo la tradición rabínica. Ya esto de por sí dejaba asombrado a cuantos oían las palabras de Jesús. Pero también Jesús proponía un *espíritu nuevo* para llevar a cabo esa justicia –espíritu de caridad –y elevaba las “normas” de manera tal que quedaban fuera del alcance de los hombres. ¿Buscaba dejar a los hombres en una situación desesperada? No. Lo que hace Jesús con esto es ponerse a sí mismo como **canon, modelo y cumplimiento perfecto de la Ley**: el hombre ya no se salva a sí mismo por el cumplimiento de ciertas normas, sino que es Jesús quien salva, es seguirle a Él lo que abre la salvación, la posibilidad de habitar en la presencia de Dios.

Mateo finaliza el relato diciendo que cuantos lo oyeron estaban “asombrados”. En realidad, la traducción literal es “espantados”. Y esto porque o acababan de escuchar a un blasfemo (un hombre que se comparaba a sí mismo con Dios) o a Alguien con mayúsculas.



Monte de las Bienaventuranzas

“pero YO os digo...”
Jesús se presenta como **canon, modelo, cumplimiento perfecto**
“estaban *espantados*” (Mt. 7, 28)

«[En el sermón de la montaña] El Yo de Jesús destaca de un modo como ningún maestro de la Ley se lo puede permitir. La multitud lo nota; Mateo nos dice claramente que el pueblo “estaba espantado” de su forma de enseñar. No enseñaba como lo hacen los rabinos, sino como alguien que tiene “autoridad” (Mt 7, 28; cf. Mc 1, 22; Lc 4, 32). Naturalmente, con estas expresiones no se hace referencia a la calidad retórica de las palabras de Jesús, sino a la reivindicación evidente de estar al mismo nivel que el Legislador, a la misma altura que Dios. El “espanto” (término que normalmente se ha suavizado traduciéndolo por “asombro”) es precisamente el miedo ante una persona que se atreve a hablar con la autoridad de Dios. De esta manera, o bien atenta contra la majestad de Dios, lo que sería terrible, o bien —lo que parece prácticamente inconcebible— está realmente a la misma altura de Dios.»
BenedictoXVI, *Jesús de Nazaret*, vol. I, p. 132.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

Más que la Ley, el Sábado y el Templo



Benedicto XVI

«[En el sermón de la montaña] El Yo de Jesús destaca de un modo como ningún maestro de la Ley se lo puede permitir. La multitud lo nota; Mateo nos dice claramente que el pueblo “estaba espantado” de su forma de enseñar. No enseñaba como lo hacen los rabinos, sino como alguien que tiene “autoridad” (Mt 7, 28; cf. Mc 1, 22; Lc 4, 32). Naturalmente, con estas expresiones no se hace referencia a la calidad retórica de las palabras de Jesús, sino a la reivindicación evidente de estar al mismo nivel que el Legislador, a la misma altura que Dios. El “espanto” (término que normalmente se ha suavizado traduciéndolo por “asombro”) es precisamente el miedo ante una persona que se atreve a hablar con la autoridad de Dios. De esta manera, o bien atenta contra la majestad de Dios, lo que sería terrible, o bien —lo que parece prácticamente inconcebible— está realmente a la misma altura de Dios.»

Benedicto XVI, Jesús de Nazaret

Hay un pasaje en el que Jesús no deja lugar a dudas sobre su pretensión. En dicha ocasión, al igual que lo había hecho con la Ley, se define de manera contundente en referencia a otros dos pilares de la fe judía: el Sábado y el Templo.

Los fariseos reclaman a Jesús la acción de sus discípulos, que arrancan las espigas de los campos llenos de grano para comérselas en día de sábado, violando así la ley mosaica. Jesús les responde citando el ejemplo de David y de sus compañeros, que no dudaron en comer los «panes de la proposición» para quitarse el hambre, y el de los sacerdotes, que el sábado observan la ley del descanso porque desempeñan las funciones en el Templo. Después concluye con dos afirmaciones perentorias, inauditas para los fariseos: «**Pues os digo que aquí hay uno que es más que el Templo...**»; y «**el Hijo del hombre es Señor también del Sábado**» (Mt 12, 6-8; Mc 2, 27-28). Estas dos afirmaciones no eran en absoluto neutrales. En primer lugar, *el Sábado*. La observancia del descanso, con precedentes en el Génesis y durante el Éxodo, había quedado fijada en el Decálogo, y constituía uno de los fundamentos de la piedad: El Señor del Sábado era Dios. Que Jesús cure enfermos, justifique la acción de sus discípulos denunciada por los fariseos, diciendo que el Sábado es para el hombre y no el hombre para el Sábado, bien... pero que Jesús se ponga a sí mismo como Señor del Sábado... eso ya son palabras mayores. Y así lo entendieron sus contemporáneos.

Respecto a las afirmaciones de Jesús entorno al Templo, veamos. Uno de los pasajes que nos muestra a Jesús en relación al Templo es la *expulsión de los mercaderes*. Este gesto de Jesús contiene implícita un reclamo que puede pasarnos desapercibido; se trata de un gesto mesiánico. Estaba escrito (Dn 9, Zac 3-6) que el Mesías tenía que purificar el Templo de la profanación a la que había sido sometido. Eso es lo que hizo Judas Macabeo (1Mac 4, 36-61) cuando expulsó a los griegos de Jerusalén, destruyó la estatua de Zeus que éstos habían puesto en el Templo y restauró el culto a Dios al encender de nuevo la *menorah* del Santo —y la fiesta de Hanukah recordaba cada año el aniversario de esa restauración—. Poco después, en el período de los asmoneos, algunos judíos como los esenios consideraron que el Templo había sido de nuevo profanado, esta vez por los propios sacerdotes de esa familia, y que en consecuencia necesitaba una purificación. Otros grupos pensaron lo mismo cuando Pompeyo conquistó Jerusalén y entró en el Santo de los Santos y, de nuevo, cuando las tropas romanas, acuarteladas en la Torre Antonia, exhibieron sus estandartes con las imágenes esculpidas de águilas triunfales sobre la explanada del Templo. El mercadeo que se desarrollaba en la explanada del Templo, al que accedían algunos mercaderes privilegiados que habían pagado una “comisión” especial a los sacerdotes, constituía una nueva profanación. La acción de Jesús es claramente signo de su pretensión mesiánica y así lo entienden quienes lo presencian: “**¿Qué signos nos muestras para obrar así?**” (Jn. 2, 18). Y entonces resulta enormemente sorprendente la respuesta de Jesús, porque accede a darles esa señal, pero de un modo inesperado: «**Destruid este templo y en tres días lo levantaré**» (Jn 2, 19). Estas palabras de Jesús, son proféticas desde una lectura completa del Evangelio: Jesús está hablando de la destrucción y reconstrucción del Templo refiriéndose a su muerte y Resurrección. Está viniendo a decir que el verdadero Templo de Dios, allí donde habita la Shekinah, la Presencia plena de Dios, es su propio cuerpo: en Él habita Dios de un modo pleno, su cuerpo es verdadero Templo...



Otros gestos y palabras que provocaron el estupor y también la indignación de muchos judíos fueron el trato familiar de Jesús con Dios, el hecho que se comportaba y hablaba como el Mesías esperado, y la identificación explícita con el nombre que Dios había comunicado a Moisés. Veamos sucintamente estos tres gestos:

Abba. En varias religiones los fieles llaman a Dios “Padre”, pero en todos los casos esa paternidad es más bien simbólica, Dios es padre en cuanto que es Creador o es el principal beneficiario o protector de la raza humana. Y ha habido también, como hemos dicho al principio de esta Conferencia, personas que se consideraban “dioses” e “hijo de los dioses”, como los Farones o el Mikado. Pero siempre había una distancia entre estos monarcas divinos y aquellos dioses que regían el cielo y la tierra, más todavía con el dios supremo o la Ley que regía a dioses y hombres. Esta distancia se incrementaba infinitamente en el Judaísmo del siglo I. Si bien muchos fieles habían desarrollado una piedad que les permitía llamar a Dios “padre”, que en arameo se dice “Abu”, un judío seguía reconociendo la Trascendencia y Santidad de Dios; cualquier intento de rebajar a Dios al mundo de los hombres era inadmisibles. Pero Jesús, aún viviendo en ese contexto y siendo además un judío piadoso, deja a todos asombrados –y a algunos escandalizados –al llamar a Dios “Abba”, es decir, “papá”, con una intimidad que sólo tenían los hijos pequeños con sus padres, en el seno de la familia. Esto, para un judío piadoso resultaba provocador; un eco de ello lo tenemos en una Carta de San Pablo:

Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios. (Gál 4, 4-7)

El mismo Pablo, que reconoce la novedad y el sentido profundo que significa la *filial* con Dios que nos trae Jesús, no se atreve a traducir el término por su correspondiente, sino que escribe en su idioma original “Abba” seguido de una traducción matizada de esta palabra, “Padre”.

Mesías. Por otro lado, Jesús también se presenta como el Mesías esperado. Es cierto que no lo anuncia explícitamente –ya hemos mencionado que el pueblo tenía una idea del Mesías ya configurada, y que Jesús no deseaba que su mesianismo fuese interpretado según ese criterio –pero sí es verdad que va revelando su misión poco a poco, y a través de palabras y gestos que deben ser analizados en el contexto de la “teología” judía... Se presenta como Pastor, (Salmo 23, Salmo 80: el Pastor de Israel, asociado con la monarquía divina, después de su desaparición sólo corresponde dicho título al verdadero y único “Señor”), como “Agua”, “Juez”, “Luz” de Israel (Jesús se llama a sí mismo de esta forma en el contexto de la Fiesta de las Tiendas –Sukkot–en las que el Pueblo recuerda la peregrinación por el desierto, y en la que en tiempos de Jesús tenía un sentido escatológico: evocaba el tiempo mesiánico donde Dios juzgaría a Israel y a las naciones). Por último, en ocasiones específicas, en la intimidad con los suyos, sí expresa su condición de Mesías de modo explícito: cuando pregunta a sus discípulos “¿Quién dice la gente que soy yo?” (Mc. 8, 27, por ejemplo) o en el episodio de la mujer samaritana (Jn. 4, 5-42).

Yo soy. Por último hay una pretensión que resulta intolerable a muchos judíos. En el episodio de la zarza, Dios revela a Moisés su nombre:

Dijo Dios a Moisés: «“Yo soy el que soy”; esto dirás a los hijos de Israel: “Yosoy” me envía a vosotros [...] Éste es mi nombre para siempre: asíme llamaréis de generación en generación». (Éx 3, 13-15)

“Yo soy” (Yavé) es el nombre que los israelitas conocen pero por respeto a la santidad de Dios no pronuncian, sólo lo hace una vez al año, en el Sanctasantorum el Sumo Sacerdote... Y ese es el nombre que utiliza Jesús para referirse a sí mismo... Esto lo recoge varias veces el Evangelio de San Juan (Jn 8; 24, 28 y 57):

- “si no creéis que «Yo soy», moriréis en vuestros pecados”
- “Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que «Yo soy»”
- “En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abrahán existiera, yo soy”.

Si negamos que Jesús tuviera esta pretensión, ¿cómo explicaríamos su condena, que vimos reflejada explícitamente en el fragmento talmúdico Sanhedrín 43^a, y señalado en el resto de testimonios no

cristianos? Y en los mismos testimonios cristianos, pasajes como este: "Cogieron piedras para tirárselas" (Jn 8, 59)

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

Hijo del Padre, Dios y Mesías

"Abba"

"Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!»." (Gál 4, 4-7)

Mesías

"Pastor" "Juez" "Luz" "Agua"

"Yo Soy"

"Si no creéis que «Yo soy», moriréis en vuestros pecados"
"Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que «Yo soy»"
"En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abrahán existiera, yo soy".



Jn 8, 59

"Cogieron piedras para tirárselas"

En el 2006, el Rabino Jacob Neusner publicó un libro que fue un éxito editorial: Un rabino habla con Jesús. En dicha obra, Neusner proponía acercarse, desde el judaísmo, a la figura de Jesús, guiado por el respeto y la reverencia. Poco tiempo después, otro rabino e intelectual judío –Mier Soloveitchik– comentaba esto en un artículo para la revista *First Things*:

“Frente a un hombre que insiste en ser el equivalente al Señor, uno no puede estar en desacuerdo «con respeto y reverencia». Uno no puede descartar la pretensión de este hombre y permanecer «movido» por su grandeza. «Un hombre que fue un simple hombre y dijo las cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro de vida moral», escribió C. S. Lewis en su famosa cita. Sería o un demente profundo (*lunatic*) o el mismo Demonio. Hemos de tomar postura. O este hombre era y es el Hijo de Dios; o bien un loco o algo peor [...] pero no nos pongamos en una condescendencia sin sentido acerca de Su ser un gran maestro de vida moral. Él no lo dejó abierto para nosotros, no fue su intención”

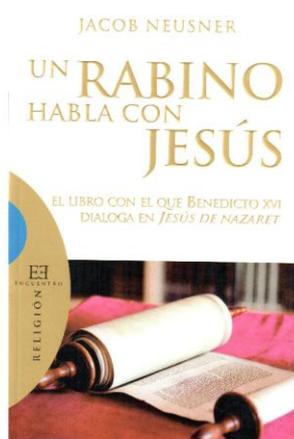
Lo que Soloveitchik le reclama a Neusner es perfectamente coherente: o Jesús es el Hijo de Dios, o no lo es. Y si no lo es, ¿cómo podemos pretender “salvar” la figura de un hombre que o estaba loco, o peor aún, que habría mentido sobre un tema fundamental, un tema que afecta íntimamente a tantas personas, un hombre que jugónada menos que con el sentido de la vida? Decir que Jesús no fue Dios pero que fue un maestro de moral elevada o algo equivalente, es malinterpretar la intención de Jesús: presentarse como el Hijo de Dios. Y si Jesús no es lo que dice ser, entonces habría mentido, y si ha mentido ¿cómo es posible afirmar que fue un maestro de moral?

No. **Jesús pretendió ser Dios.** No podemos negociar con la pretensión de Jesús. Sus gestos, y palabras no dejan lugar a dudas: Jesús se presenta a sí mismo como Dios. Que su pretensión no se corresponda con lo que Jesús realmente fue, no es algo que nos corresponda a nosotros responder.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE JESÚS DE NAZARET

Ante la tríada de Lewis: “Lord, Lunatic or Liar”

“ M. Soloveitchik



*Frente a un hombre que insiste en ser el equivalente al Señor, uno no puede estar en desacuerdo «con respeto y reverencia». Uno no puede descartar la pretensión de este hombre y permanecer «movido» por su grandeza. «Un hombre que fue un simple hombre y dijo las cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro de vida moral», escribió C. S. Lewis en su famosa cita. Sería o un demente profundo (*lunatic*) o el mismo Demonio. Hemos de tomar postura. O este hombre era y es el Hijo de Dios; o bien un loco o algo peor [...] pero no nos pongamos en una condescendencia sin sentido acerca de Su ser un gran maestro de vida moral. Él no lo dejó abierto para nosotros, no fue su intención. No friend in Jesus*

- 
- Los milagros de Jesús son signos de su pretensión:
 - Pretende vencer el mal, el dolor y la muerte
 - Por otro lado, Jesús realiza otros gestos que nos hablan de su pretensión:
 - Perdonar los pecados
 - Se coloca por encima de la Ley, el Sábado y el Templo
 - Se atribuye rasgos propios del Mesías
 - Tiene una relación filial con Dios única en la historia
 - Se identifica explícitamente con Dios de Israel: "Yo soy"

Una pretensión así, *¿es creíble?*

EL SEPULCRO VACÍO